

de observaciones acerca de los burgueses. Coleccionaba los discursos de los comicios agrícolas y las reflexiones á lo Homais. En cuanto á sus trabajos de preparación ó de arqueología, fueron enormes y lentos, casi desproporcionados con el efecto.

Fué romántico por su afición al brillo, al color y á la luz, como Teófilo Gautier.

Estoy cansado de las cosas feas y de todo ambiente poco noble... Voy á vivir tal vez durante algunos años en contacto con un asunto espléndido y lejos del mundo moderno del que estoy harto. Lo que emprendo es insensato y tal vez no tendrá éxito en el público. ¡No importa! Hay que escribir para sí ante todo. Es la única probabilidad de hacer algo hermoso.

Hele aquí enfrente de las Pirámides :

Hemos llegado al pie de la colina donde se hallan las Pirámides, hace hoy ocho días, viernes (7 de diciembre de 1849), á las cuatro de la tarde. Allí empieza el desierto. No he podido dominarme y he lanzado mi caballo al galope. Máximo me ha imitado y he llegado al pie del Esfinge. Al ver aquello que es indescriptible (harían falta diez páginas y ¡qué páginas!), se me fué la cabeza por un instante y mi compañero se quedó más blanco que el papel en que escribo. Al ponerse el sol, el esfinge y las tres pirámides enteramente sonrosadas parecían bañadas en la luz; el viejo monstruo nos miraba con aspecto terrífico é inmóvil. Jamás olvidaré tan singular expresión. Allí pasamos tres noches, durmiendo al pie de aquellos vejstorios de pirámides y francamente la cosa es divertida. Cuanto más se las ve, más grandes parecen; las piedras que, á veinte pasos semejan adoquines como los de la calle, tienen la estatura de un hombre y, cuando se sube uno encima de ellas, parece que van creciendo, como cuando se sube una montaña...

Sigámosle á Grecia :

He pasado tres veces por Eleusis. Á orillas del golfo de Corinto, he pensado con melancolía en las criaturas antiguas que bañaron en aquellas olas azules sus cuerpos y sus cabelleras. El puerto de Falera tiene la forma de un circo. Allí llegaban las galeras cargadas de cosas maravillosas, de jarrones y cortesanas. La naturaleza todo lo había dispensado á aquella gente, lengua, paisaje, bellas formas y sol; hasta la forma de las montañas que parecen esculpidas, presentan líneas arquitectónicas más que en alguna otra parte... Haber escogido á Delfos para colocar allí á la Pitia es una idea genial. Es un paisaje que inspira terror religioso, valle estrecho entre dos montañas casi abruptas; el fondo está lleno de negros olivos, las montañas son rojas y verdes, todo se halla lleno de precipicios, con el mar, allá en el fondo y un horizonte de montañas cubiertas de nieve... El camino de Megara á Corinto es incomparable: el sendero, abierto en la misma roca, apenas deja paso para que vuestro caballo pueda mantenerse á pique sobre el mar; serpentea, sube, baja, se encarama y se retuerce en los flancos de la roca cubierta de abetos y lentiscos. Desde abajo, le sube á uno hasta las narices el aroma del mar; está allí bajo nuestros pies, y mece sus algas sin hacer apenas ruido; hay sobre él, de trecho en trecho, grandes placas lívi-

das como prolongados pedazos de mármol verde y, detrás del golfo, se ven hasta perderse en lo infinito, recortes de montañas oblongas de lánguido aspecto. Al pasar por delante de las rocas en que vivía Scirron, ladrón muerto por Teseo, recordé el verso del dulce Racine :

Reste impur des brigands dont j'ai purgé la terre !

¡Era esto como la antigüedad de todas aquellas buenas gentes! No hay más que ver en el Partenón, sin embargo, los restos de lo que se llama el tipo de lo bello. Si ha habido alguna vez en el mundo algo más vigoroso y más « natural » ¡que me ahorquen! En las tabletas de Fidias se hallan indicadas las venas de los caballos hasta en el casco y sobresalen como cuerdas. En cuanto á los adornos extranjeros, pinturas, collares de metal, piedras preciosas, etc., se empleaban con prodigalidad. Aquello podía ser sencillo, pero en todo caso era rico.

¡Qué nitidez interesante de impresiones! Nos lleva á Córcega :

Puedo ahora hablarte de Córcega á ciencia cierta, puesto que he visto una buena parte del litoral de la costa occidental. Todo el país está cubierto de montañas y los caminos suben y bajan continuamente de suerte que á cada momento se hunde uno en los desfiladeros y en las espesuras. De pronto cambia el paisaje como un cuadro de panorama y aparece otro horizonte. El camino que recorriamos iba siguiendo la orilla del mar y andábamos por la arena.

Había un sol como tú no conoces, que dominaba todas las cosas y les comunicaba un tinte blanco y vaporoso. Las rocas á flor de agua centelleaban como diamantes y á nuestra izquierda embalsamaban el ambiente matorrales de mirto.

Fué al mismo tiempo antirromántico por su esmero en hacer obra impersonal y de no mostrar nada de sí mismo en su obra.

*Bovary* habrá sido un esfuerzo inaudito de que yo mismo jamás tendré conciencia: asunto, personajes, efecto, etc., etc., todo se halla fuera de mí... Creo, por lo demás, que en esto estoy en el verdadero camino. Lo que hacéis no es para vosotros, sino para los demás; el arte nada tiene que ver con el artista. Tanto peor si no le gustan el rojo, el verde ni el amarillo. Todos los colores son bellos, se trata de pintarlos.

Más adelante añade :

Debe inspirarte compasión la costumbre de cantarse á sí mismo. Esto suele tener éxito una vez, en un grito, pero, por mucho lirismo que tenga Byron, por ejemplo, ¡cómo le abrumba Shakespeare con su impersonalidad sobrehumana! ¿Se sabe siquiera si tenía carácter triste ó alegre? *El artista debe esforzarse por hacer creer á la posteridad que no ha existido.* Cuanto más vaga es la idea que me formo de él, más grande me parece. No puedo formarme la menor idea acerca de la persona de Homero ni de Rabelais y cuando en Miguel

Sucia hez de los bandidos de que purgué la tierra.

Ángel, veo solamente á un anciano vuelto de espaldas y de estatura colosal que esculpe de noche á la luz de las antorchas.

En otra parte añade :

¡Qué de sentimientos, de ternuras y de lágrimas! Jamás habrá existido gente tan buena. Ante todo hay que tener sangre en las frases y no linfa... La fábula de las *Dos Palomas* me ha conmovido siempre mucho más que todo Lamartine, pero si La Fontaine hubiese empezado desde luego por emplear su facultad amorosa en la exposición de sus sentimientos personales, ¿qué le hubiera quedado para poder pintar el amor de dos aves?...

Desde el punto de vista de la impasibilidad pertenece á los Parnasianos, siendo partidario de su teoría del arte por el arte.

El artista no debe aparecer en su obra más que Dios en la naturaleza. ¿Qué pensaba Homero? ¿Qué pensaba Shakespeare? no se sabe.

Persiste siempre en la misma afirmación :

¡Nada de lirismo! ¡Nada de reflexiones, la personalidad del autor debe estar ausente!... la personalidad sentimental será la que más tarde hará pasar por pueril y algo boba una parte de la literatura contemporánea... Cuanto menos se siente una cosa, más aptitud tiene una para expresarla como es siempre en sí misma, en su generalidad, y desprendida de todas las contingencias efímeras...

Quiere una continua vigilancia de su propio impulso, y la desconfianza con respecto á esa especie de excitación que los necios llaman inspiración :

... Hay que escribir friamente, dice... Todo debe hacerse en frío y tranquilamente. Cuando Louvel se propuso matar al duque de Berry, se bebió una botella de horchata y no erró el golpe. Era ésta una comparación de ese pobre Pradier que me ha causado siempre gran impresión. Para el que sabe comprenderla, ofrece la más elevada enseñanza...

De propósito escoge asuntos que le lleven lejos de su centro, de su naturaleza y de sus aficiones :

Abrid ahora á *Madame Bovary*. ¿Qué encontráis en sus páginas? El cuadro escrupulosamente minucioso de las costumbres más violentamente contrarias á aquella existencia pura y altiva de un joven Fausto encerrado en su celda. No hay en las escenas descritas por esta implacable novela, sino esperanzas mediocres, pasiones mezquinas, inteligencias abortadas, bajas sensibilidades, una deplorable legión de almas grotescas, sobre las cuales se cierne la sonrisa imbécil del farmacéutico Homais, de ese burgués grandioso á fuerza de estupidez. De esta suerte se obtiene el efecto asombroso soñado por Flaubert. Esta prosa impecable, alternativamente matizada como

una pintura flamenca, tallada en pleno mármol como una estatua griega, y rítmica y flexible como una frase de música, se emplea en representar seres tan disformes y tan diminutos que la aplicación de esta herramienta de genio á semejante labor, os maravilla, os desconcierta y casi os hace daño. ¿Qué piensa el autor de las miserias que va examinando con tan lúcida mirada y que refiere con tan incomparable lenguaje? Jamás llegaréis á saberlo. (PAUL BOURGET.)

Lo que sabemos á lo menos es que *Madama Bovary* (1857) denuncia el peligro del romanticismo, de la exaltación, de la aspiración, en medio de una existencia humilde, hacia los arranques líricos, que vienen á parar en la inmoralidad y en la miseria.

*La Educación sentimental* (1869) es el derrumbe de los sueños juveniles de aquel mediocre Federico Moreau...

*Salammbó* (1862) y *la Leyenda de San Julián el pobre* (1877), *Herodías* (1867), *la Tentación de San Antonio* (1864) son *realismo retrospectivo*.

*Bouvard et Pécuchet* (1881) representa la dura venganza del poeta ascético contra los burgueses. Y por consiguiente, le impersonalidad de Flaubert en sus obras no resulta más que una ficción.

Á pesar suyo, se encuentra allí; lo que hay en ellas de más excelente, esencial y lleno de vida, no es lo que el artista ha meditado y querido poner, es el elemento inconsciente que ha depositado en ellas, sin darse cuenta de ello muchas veces, y otras á pesar suyo. Agrego que hay que saludar en esta inconsciencia, no una humillación para el artista, sino un ennoblecimiento de su tarea y una recompensa de otra suerte de trabajo, es decir del que ha realizado no en su obra misma, sino en su propio espíritu.

Este don de poner en un libro más cosas de las que uno mismo sospecha, y de exceder los límites de su propia ambición en el resultado, sólo se les concede ó los genios llenos de sufrimiento y sinceridad que llevan en el fondo de su ser el rico tesoro de una animosa y elevada experiencia, llena de desinterés.

Es el pensamiento, mal comprendido, extraviado por un falso ideal, por una literatura inferior, pero después de todo el pensamiento, el que precipita á Emma Bovary á sus culpables experimentos, y todo el libro aparece como una violenta y furiosa protesta contra los estragos que produce la desproporción de los sueños imaginativos y de la suerte en una criatura, seguramente mediocre, pero aún así, demasiado fina y delicada para el medio en que se encuentra. Y este mismo tema del peligro del sueño y del pensamiento, se señorea de un extremo á otro de esta educación sentimental de la que Flaubert hubiera podido decir con más justicia aún que de *Bouvard et Pécuchet* que era « el libro de sus venganzas ». Este mismo tema sostiene *Salammbó*, en que demuestra el envenenamiento del pensamiento y del sueño ejerciendo su influjo sobre almas bárbaras con la misma fuerza destructora que sobre las almas civilizadas. Este mismo tema circula en *La tentación de San Antonio*, en que el pensamiento y el sueño se hallan de nuevo en lucha, pero esta vez con un alma creyente que sufre por ello los dolores

de la agonía, de manera que este hombre de razonamiento y de doctrina, que ha querido ser impasible, y personal y helado, resulta que ha dado como motivo profundo á todos sus libros el mal de que ha padecido: la impotencia de igualar su vida con su pensamiento y con su sueño. (P. BOURGET.)

Lo que él ha hecho está concienzudamente estudiado, trabajado, limado, pulido ahondado y detallado; está pacientemente observado, escudriñado, sondeado, analizado y combinado; de este trabajo curioso é investigador, de esta química literaria, han salido los tipos más cruelmente llenos de vida, más crudamente exactos, arrancados de la realidad, pasada y presente, lo mismo á la de la sociedad cartaginesa que á la de la modesta ciudad de provincias en donde brillan los potes del farmacéutico Homais.

Un libro concebido, vivido, creado y animado como lo fué *Bovary*, basta para inmortalizar un nombre.

Pretende la leyenda — ¿ya? — que Flaubert aspiraba emanaciones de arsénico, mientras envenenaba á su heroína; esa ficción es un símbolo feliz de la parte activa que él tomaba en las acciones de sus personajes; vivía con ellos una segunda existencia; y ésta era en él tan intensa que exigía todas las condiciones de la realidad. Flaubert describe minuciosamente cual si pasasen ante su vista, la fisonomía, el ademán, la exterioridad, el traje, y el porte de sus actores; los rodea de una decoración cuidadosamente estudiada y rigurosamente verdadera; calles, casas, muebles, coches, tiendas, todo en él es real y sólido.

No sintió grandes inclinaciones hacia el teatro. Su obra, *el Candidato*, se ha comparado con el *Enemigo del Pueblo* de Ibsen; pero es más cómica. *El Castillo de los corazones* es una enorme comedia de magia en la que se ha hecho célebre la invocación del sumo pontífice:

¡ Columnas de la patria, modelos del comercio, base de la moralidad, protectores de las artes, tenderos!...

Como hombre fué irascible, insociable. Á los buenos consejos de su amigo Maxime du Camp, responde con rugidos de león crucificado:

Me parece cómica la aflicción que te inspiro, esto es todo. ¿Acaso te censuro yo por vivir en París y por haber publicado libros? Si tu conciencia te ha ordenado el que me des esos consejos, has hecho bien, y te agradezco la intención. Pero creo que extiendes tu conciencia á los demás y que ese bueno de Luis, lo mismo que ese bueno de Teo, á quienes asocias á tu deseo de fabricarme una peluquilla para ocultar mi calvicie, maldito el interés que tienen en conservar mi clientela... Procura hacer como ellos... No seguimos ya el mismo camino ni navegamos en el mismo barco. ¡ Dios nos guíe á cada uno á donde desee! Yo no busco el puerto, sino la alta mar. Si naufrago, no tengas pena por mí.

Luego refiere su hazaña:

Creo que sentirá largo tiempo el aturdimiento de semejante puñetazo y que no esperará á que lo repita. Soy muy buen muchacho hasta cierto punto, hasta cierto límite, el de mi libertad, que nadie debe pasar. Ahora bien, como ha pretendido meterse en mi territorio personalísimo, lo he colocado en su puesto. Como él me decía que teníamos deberes de compañerismo, que era preciso ayudarse mutuamente y otras frases por el estilo, después de haberle expresado con mucha claridad que se me daba un bledo de todo y de todos, añadía: « Los demás pasarán sin mis luces y yo les pido en desquite que no me envenenen con sus candelas », y así sucesivamente durante cuatro páginas. Soy un bárbaro, tengo la apatía muscular, las languideces nerviosas, los ojos verdes y la elevada estatura de tal, pero también tengo el impulso, la obstinación y la irascibilidad...

Cuando se le reprochaba que no salía más á menudo y que no descansaba en el campo, exclamaba indignado: « ¡ Pero si la naturaleza me come! sipermanezco largo tiempo tendido en la hierba, creo sentir que me nacen plantas en el cuerpo. »

Y agregaba: « No sabéis el daño que me hace todo movimiento. »

Fué un solitario, un hombre huraño y espantadizo, un pesimista: « Tengo ensimismamientos tan profundos que casi desaparezco y todo el que intenta hacerme salir de ellos me hace daño. »

En otra parte afirma:

Es extraño cuan poca fe he tenido en la dicha desde que nací. Desde muy joven tuve el presentimiento completo de la vida; era como un olor nauseabundo de cocina que salía por un tragaluz. No hay necesidad de haber comido de aquello para saber que es capaz de hacer vomitar...

Oigamos á Bergerat:

Cuando dejaba su soledad de Croisset para venir á París, á ver á sus editores, cultivar sus amistades y sobre todo para descongestionarse el cerebro hinchado de palabras é imágenes, parecía que corría una bordada en un puerto, porque á él también le gustaba su nave, la nave literaria, la dulce nave de Virgilio siempre dispuesta á partir.

Llegaba á las barreras de la capital con el sombrero de medio lado, y los pulgares metidos en las escotaduras del chaleco, románticamente decidido á devorar crudos todos los corazones de mujer, apalea á todos los repugnantes burgueses, á convertir en estrenos de *Hernani* todos los estrenos de sus amigos y á entregarse á otras orgías de carácter babilónico. Resonaba el olifante en las colinas, y anunciaba á los antiguos y fieles amigos la reapertura del granero y las matanzas de las visperas flaubertinas. Empezaban por la historia del mástil prensa-papeles, y luego por la apología-rehabilitación del marqués de Sade. Era ésta una de sus manías preferentes y su discurso de apertura.

Era la hora demoníaca, é Ivan Tourgueneff se hallaba virtualmente encargado de buscar un derivativo. Lo lograba con habilidad propia de un eslavo.

Empezaba por liseonjear la manía de su ilustre amigo y hasta iba más lejos que él en la defensa del célebre marqués. Luego, poco á poco, so color de contraste violento, entraba en el relato de alguna aventura de juventud, ocurrida allá en Moscovia, alguna novela de amor heroica y dulce, con la rubia hija de un mujiek, una historia pura, tierna y blanca como la nieve immaculada, que arrugaba en seguida la frente de Zola, fijaba en el ojo de Daudet su monóculo y agitaba en las mejillas del bueno del patrón esa especie de chicote movable, que causaba la emoción y de que era señal, porque Flaubert era sobre todo y profundamente tan sensible como un desollado y no hubo jamás hombre mejor en la tierra.

Tuvo relaciones con Goncourt, Daudet, Maupassant, Ivan Tourgueneff y Emilio Zola que estaba entonces en la aurora de su carrera. También frecuentó su casa el editor Jorge Charpentier; el poeta Jose María de Heredia la visitó algunas veces, lo mismo que Catulle Mendès y la conversación no tardaba en tomar un aspecto prodigioso.

Tuvo gran orgullo de sí mismo, y es evidente que se compara, puesto que pone vivo interés en descubrir las tonterías y las pequenezes y en reirse de ellas: « La tontería me entra por los poros. »

Nótese además que fué infecundo en cuanto á las ideas y razonamientos. No comprendió á los filósofos, ni á los sociólogos ni á los moralistas.

He leído en Jerusalén un libro socialista, *Ensayo de filosofía positiva* por Augusto Comte. Es tonto de remate. Hay en él minas de elemento cómico inmenso, Californias de espíritu grotesco...

Agrega también:

No leáis *la Política sacada de la Escritura Santa*, el águila de Meaux me parece decididamente un ganso.

Fuera de la observación, se ahoga, no tiene lógica, ni ingenio ni encanto. La sombra del hospital se ha extendido sobre su vida. Había asuntos que le atraían, pero que no se atrevía á tratar porque le causaban miedo. Padecía de una enfermedad nerviosa, tenía vértigos. Se dió exacta cuenta de su doble naturaleza:

Hay en mí dos hombres distintos: uno que está enamorado de la palabrería, del lirismo, de los grandes vuelos de águila, de todas las sonoridades de la frase y de las cimas de la idea; otro que ahonda y busca la verdad tanto como puede, que gusta de poner de relieve el hecho pequeño tan poderosamente como el grande y que desearía haceros sentir casi materialmente las cosas que reproduce. Éste es amigo de la risa, y se divierte con las animalidades del hombre.

Guy de Maupassant decía:

Pocas existencias manifiestan una unidad tan completa como la suya: sus cartas nos le muestran á los nueve años preocupado ya por el arte como

ha de estarlo á los cincuenta. Su vida, como lo han hecho notar todos los que han hablado de él, no fué, desde el despertar de su inteligencia hasta su muerte, sino el largo desarrollo de una misma pasión « la literatura ». Todo se lo sacrificó: sus amores, sus ternuras, no le apartaron jamás de su arte. En los últimos años, ¿sintió acaso no haber seguido la ruta común? Algunas palabras llenas de emoción, salidas de sus labios un día en que volvíamos juntos por la orilla del Sena, me inclinarian á creerlo. Habíamos visitado á una de mis amigas á la que habíamos encontrado en medio de encantadores niños. « Viven la vida verdadera », me dijo haciendo alusión á aquel hogar honrado y bueno. « Si... » repetía gravemente como si hablase consigo mismo. No quise turbar sus pensamientos y permanecí silencioso á su lado. Aquel paseo fué uno de los últimos que dimos.

El que había celebrado tanto la impasibilidad literaria, el aislamiento altanero del escritor y del artista, él que tanto se había burlado de los burgueses, de la guerra, de la guardia nacional y hasta de la idea misma de patria, al ver á Francia vencida y ensangrentada, olvidó todas sus teorías y todos sus desdenes; lloró, sufrió y expresó este sufrimiento con tanta sencillez como el más humilde burgués fiel á su país; fué nombrado teniente de la guardia nacional y á los cuarenta y nueve años se desesperó por verse obligado á permanecer al lado de su madre enferma y por no poder coger el fusil y el morral á fin de batirse al lado de aquellos cuya educación sentimental é incertidumbres morales había pintado con amargura pero que, al ver á la patria invadida, se convertían en soldados.

Todos los que atravesaron aquellos días trágicos que jamás olvidarán y de que jamás se consolarán, no pueden leer sin emoción las *Cartas* que Flaubert no destinaba á la publicidad, esas frases sencillas, descosidas, esas alternativas de esperanza y de desesperación, esos sollozos, esas imprecaciones y esos gritos de un hombre herido en lo más profundo de su ser son las más bellas páginas.

Edmundo (1822-1870) y Julio (1830-1896) de Goncourt siguieron con entusiasmo la doctrina del realismo más sombrío; fueron los coleccionistas de notas tomadas al vuelo, tuvieron una predilección decidida por los que padecen tachas patológicas, los cardíacos, los histéricos, los tuberculosos, los extraviados, los miserables, y por la atmósfera desvergonzada y populachera. Para ellos, lo hermoso es lo feo. Tal es la ley. Acostumbrados á vivir entre las hermosas estampas antiguas y japonesas, entre los chirimbolos artísticos y entre los más deliciosos ejemplares de la belleza y de lo bonito, se desquitaban de este resplandecimiento luminoso y puro haciendo con la imaginación excursiones á los

tenebrosos antros de la sociedad, cuyo pavimento hacían escurrir el pus de los enfermos y de las deyecciones viciosas.

Fueron artistas, coleccionistas, críticos, novelistas, autores dramáticos y en todas partes dejaron su nota de originalidad. En *la Casa de un artista*, proclamó Edmundo de Goncourt su afición á las bujías artísticas, que pusieron de moda y cuyo testimonio han invocado en sus estudios, para contribuir á la resurrección del pasado. Crearon la moda de las japonerías. Tuvieron especial predilección por el siglo XVIII cuyas gracias y debilidades estudiaron. Hicieron revivir de un modo curioso la mujer de dicho siglo gracias á todos los recuerdos, bujías, estampas y papeles.

Esta es la parte más nueva, más llena de vida y más duradera de su obra. Fueron en este sentido historiadores muy documentados y pintores agradables que se inspiraron en sus modelos. Renovaron el método histórico, ampliando la importancia concedida á la vida privada en la historia de las sociedades contenida en otro tiempo en los límites de los recuerdos de la diplomacia, de la política y de las guerras. Consignaron en su diario, rasgos, anécdotas, indiscreciones y conversaciones que demuestran una singular intensidad de observación y de memoria y que suministran gran número de informes útiles acerca de las cosas y de las personas.

En sus novelas *Sor Filomena*, *Carlos Demailly* y *Manette Salomon*, que semejan cartapacios llenos de acuarelas y de aguas fuertes, han estudiado el caso de la religiosa tímida y turbada, del literato torturado por su mujer necia y pérfida, del pintor atosigado por una mujer imperiosa. *Renée Mauperin* es una virgen loca y encantadora que tiene un hermano infame. *Germinie Lacerteux* se halla enteramente impregnada de piedad social. *La Sra. Gercaisais* es el drama de una conciencia agitada por una piedad febril en medio del pálido sol de Roma. *La Faustin* nos muestra el alma angustiada del artista, su inquietud aguzada, las angustias visionarias de su alma cargada de sueños y de decepciones á la vista de su indigna amiga, una actriz que estudia « efectos » en la agonía de su amante. *La Fille Elisa* representa la lamentable agonía de un alma. *Chérie* es la extraña joven á quien los refinamientos mórbidos de su organismo precipitan en la neurosis.

Han escrito para el teatro, decía A. Daudet, y nuestros directores más inteligentes han dejado á una escena extranjera el honor de representar ese hermoso drama de *la Faustin*, y lo mismo sucederá tal vez con *Manette Salomon*, la obra más apasionada y más llena de ingenio que he logrado oír desde hace largo tiempo. Y ¿por qué? Porque *Manette*, *la Faustin* y *Germinie* se hallan dispuestas en forma de cuadros á la manera de las novelas de que Edmundo de Goncourt las ha hecho brotar luminosamente. Es una serie de cuadros que el vigor de una idea madre y el talento sabiamente dirigido y

graduado de un intérprete, hombre ó mujer dramatizan y ponen en acción desde un extremo á otro.

*Henriette Maréchal*, *la Patrie en danger*, *Germinie Lacerteux* á los que hay que agregar *Etienne Marcel*, *Sans titre*, *Abou Hassan*, *Mam'zelle Zirzabelle*, etc., son clara prueba de su violenta originalidad.

Tienen un estilo enteramente propio que se distingue por lo curioso. La frase es desarticulada, sin goznes ni charnelas; es por decirlo así un lenguaje aglomerado en que no subsisten sino los términos expresivos; las cópulas han desaparecido. Sólo quedan las manchas, toques, tonos y valores que flotan sobre el nivel de la frase y causan impresión. Todo lo que no impresiona es inútil. Este estilo violento sacude, descuartiza y brutaliza el espíritu: la lectura se convierte en tormento.

Para el que penetra en estas líneas febriles en que la frase parte como un latigazo, en que el relieve de las cosas impresiona vivamente la retina y en que el estilo, alternativamente agua fresca, selva virgen, carne de mujer, se adapta con flexibilidad de Proteo á las formas y á los colores, doblega su esencia fluida á los estados de alma más complejos, á los repliegues del pensamiento, lo mismo que á los momentos de calma de la pasión, para éste, repito, se alza el telón sobre la prestigiosa revelación de un mundo nuevo. (PAUL MARGUERITTE.)

Es el estilo violento, rebelde independiente de toda sintaxis, formado con el salitre de las barricadas. Paul Margueritte añade: « La embriaguez intelectual que se apodera de mí al penetrar en esta obra en que la vida estalla como un fuego de artificio, se crispa, y chisporrotea por todas partes, no puede compararse sino con el haschich. »

Es exacto, y es el reproche que puede dirigirse á estos novelistas exacerbados: les faltan el equilibrio, la salud, la verdadera fuerza que nada debe á los tóxicos y á las excitaciones facticias de la imaginación desenfrenada y loca.

Emilio Zola (1840-1902) nació en París en la calle de Saint Joseph; su madre era francesa, y su padre italiano, ingeniero: hizo el canal Zola en Aix. Emilio Zola tuvo una beca en el liceo San Luis y fué discípulo del Sr. Levasseur. Muy niño hizo una novela sobre las cruzadas y un vaudeville *Enfoncé le pion*.

Fué suspendido en el examen del bachillerato y estuvo empleado en los docks, calle de la Douane, con 60 francos por mes; después fué mozo en la librería Hachette. En 1864, escribió *los Cuentos á Ninon*, *la Confesión de Claudio* y artículos de periódicos, reunidos más tarde en